

*“La unidad fundamental del Movimiento Champagnat es la fraternidad. Los encuentros de la fraternidad expresan y construyen nuestra identidad como miembros del Movimiento. Es por ello que sentimos la necesidad de cuidarlos con esmero”.*

(PVMCH)



## IDENTIFICACIÓN

Marcelino Champagnat transmitió a los primeros hermanos un modo de relacionarse basado en el ejemplo de María, viviendo en un ambiente familiar, de hogar, de cercanía. El espíritu de familia que hemos heredado es una forma de ser que nos sana como personas y nos transforma. Nos hace confiar en el otro, aceptar los propios límites y sacar a la luz lo mejor que Dios nos ha dado. Los encuentros de la fraternidad posibilitan construir esta dimensión de la identidad marista, siendo solícitos en el servicio, atentos a las necesidades de los demás, disfrutando del encuentro con el otro, cuidándonos mutuamente de forma afable y sencilla.

## Itinerario personal

### 1. LA FRATERNIDAD COMO UNIDAD PRINCIPAL DEL MOVIMIENTO (PVMCH)

#### LA FRATERNIDAD COMO UNIDAD PRINCIPAL DEL MOVIMIENTO.

Como lo explica el *Proyecto de vida*, la unidad fundamental del Movimiento Champagnat es la fraternidad.

Dentro de la diversidad existente, hay elementos esenciales que contribuyen a un mejor desarrollo de la vida de las fraternidades: la constitución de grupos no muy numerosos que facilitan la relación entre sus miembros, la adecuada elección de una persona para su animación, la preparación esmerada de las reuniones, la implicación de todos en su funcionamiento y la realización de un plan o proyecto de vida de fraternidad.

#### ENCUENTROS DE LA FRATERNIDAD

Los encuentros de la fraternidad expresan y construyen nuestra identidad como miembros del Movimiento. Es por ello que sentimos la necesidad de cuidarlos con esmero.

Desde la experiencia consideramos que hay aspectos que deben estar presentes en esos encuentros: momentos de oración, de compartir vida, de reflexión sobre temas formativos, de celebración, de discernimiento comunitario, de organización...

Además de estos elementos, hay otros que debemos atender: momentos para compartir experiencias de misión, el acompañamiento de situaciones vitales, el desarrollo de programas formativos, y los encuentros con otras fraternidades.

Cada fraternidad determina la frecuencia y el lugar de los encuentros, garantizado en todo momento la calidad de la vivencia comunitaria.

## 2. EJERCICIO DE INTERIORIZACIÓN

- ❖ Recorre ***tu historia en la fraternidad***. Recupera momentos significativos que has vivido. Personas que te han ayudado. Ora con todo ello.

- ❖ Dentro de la invitación a crecer y revitalizar ¿Qué ***novedades te gustaría introducir*** en la dinámica de los encuentros de la fraternidad?

- ❖ Medita y confronta tu vida con lo que expresa el texto sobre la ***sencillez marista***: “*Ser sencillo es ser a la vez muchas cosas, en una armoniosa unidad. Es transparencia y sinceridad. Es verdad y es amor. Es comprensión y acogida. Es fidelidad e intrepidez. Y serenidad. Y pureza*”.

### 3. TEXTOS COMPLEMENTARIOS

#### A. UNA FAMILIA NUEVA

José Antonio Pagola

*Algunos rasgos de los seguidores de Jesús, como nueva familia que Dios quiere ver crecer en el mundo.*

Dentro de aquel grupo de seguidores hay personas de diferente procedencia, pero Jesús los ve a todos como una familia. La nueva familia que Dios quiere ver crecer en el mundo. En torno a él van a aprender a convivir, no como aquella familia patriarcal que han dejado atrás, sino como una familia nueva, unida por el deseo de hacer la voluntad de Dios. Jesús lo decía abiertamente: “Estos son mi madre y mis hermanos. Quien cumpla la voluntad de Dios, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre”. (Fuente Q (Lc 10,21 // Mt 11,25-26) y *Evangelio [apócrifo] de Tomás* 61,3. No hay razones para no atribuir el contenido de estas palabras al mismo Jesús, que acostumbra a subrayar de diferentes formas la predilección de Dios por los pequeños y dice que el reino de Dios les pertenece (Mc 10,13-16).

No les unen lazos de sangre ni intereses económicos. No se han juntado para defender su estatus social; su honor consiste en hacer la voluntad del Padre de todos. No es una familia estructurada jerárquicamente: entre ellos reina la igualdad. No es una familia encerrada sobre sí misma, sino abierta y acogedora. Sin duda, estos son los dos rasgos que más cuida Jesús entre sus seguidores y seguidoras: la igualdad de todos y la acogida servicial a los últimos. Esta es la herencia que quiere dejar tras de sí: un movimiento de hermanas y hermanos al servicio de los más pequeños y desvalidos. Este movimiento será símbolo y germen del reino de Dios.



En esta familia no hay maestros de la ley. Su movimiento no ha de estar dirigido por letrados que guíen a gentes ignorantes. Todos han de aprender de Jesús. Todos han de abrirse a la experiencia del reino de Dios. Jesús se alegra precisamente de que a Dios le agrada revelarse a los más pequeños: “Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios e inteligentes y se las ha dado a conocer a los sencillos. Sí, Padre, así te ha parecido bien”. En esta nueva familia no hay tampoco padres que imponen su autoridad patriarcal sobre los demás. Nadie ejercerá en su grupo un poder dominante. Nadie ha de llamarse ni ser padre. En el movimiento de Jesús desaparece toda autoridad patriarcal y emerge Dios, el Padre cercano que hace a todos hermanos y hermanas. Nadie está sobre los demás. Nadie es señor de nadie. No hay rangos ni clases. No hay sacerdotes, levitas y pueblo. No hay lugar para los intermediarios. Todos y todas tienen acceso directo e inmediato a Jesús y a Dios, el Padre de todos.

El clima que se respira junto a Jesús está muy lejos de la estructura jerárquica de Qumrán. En la comunidad del desierto nadie es admitido sin superar el debido examen “sobre su espíritu y sus obras” y la perfección de su comportamiento (*Regla de la Congregación* V, 24); Jesús, por el contrario, llama a Leví a incorporarse directamente al grupo desde su mesa de recaudador, y acoge entre sus seguidores a María de Magdala, la mujer que ha estado poseída por espíritus malignos. En Qumrán, cada miembro de la comunidad tiene asignado su propio lugar: “El pequeño obedecerá al grande” y todos “se someterán a la autoridad de los hijos de Sadoc, los sacerdotes que custodian la Alianza” (*Regla de la Congregación* V, 1-2); en la familia de Jesús, por el contrario,

no hay laicos que se someten a sacerdotes ni pequeños que obedecen a grandes; el ideal es “hacerse niño”, pues “de los que son como los niños es el reino de Dios” (Mc 10,14b). En las comidas y reuniones de Qumrán, cada uno se sienta en el lugar que le corresponde según su rango: “Los sacerdotes se sentarán los primeros, los ancianos los segundos y el resto del pueblo se sentará cada uno según su rango” (*Regla de la Congregación* VI, 8-9). Con Jesús es diferente. Sus seguidores, hombres y mujeres, se sientan en corro alrededor suyo; nadie se coloca en un rango superior a los demás; todos escuchan su palabra y todos juntos buscan la voluntad de Dios. No se guarda tampoco ningún ritual ni normativa jerárquica en las comidas; a nadie se le reserva un lugar privilegiado en los banquetes de Jesús

En una parábola recogida solo por Lucas 14,8-10, Jesús invita a ocupar el último puesto en los banquetes. La parábola probablemente no es de Jesús, pero la sentencia con la que se concluye es un dicho que circuló de manera independiente y expresa una idea querida a Jesús: “Todo el que se ensalce, será humillado; y el que se humille, será ensalzado” (Lc 14,11).

Dentro de esta igualdad fraterna tampoco hay diferencias jerárquicas entre varones y mujeres. No se las valora a estas por su fecundidad ni se las desprecia por su esterilidad. Jesús nunca habla de su pureza o su impureza. No están en el grupo para someterse a las órdenes de los hombres. Nadie tiene autoridad sobre ellas por el hecho de ser varón. Hombres y mujeres, hijos e hijas de Dios conviven con igual dignidad al servicio de su reino.



Por eso en ninguna de las tradiciones evangélicas se presenta a alguien desempeñando algún tipo de función jerárquica dentro del grupo de discípulos. Jesús no ve a los Doce actuando como “sacerdotes” con respecto a los demás. No imagina a sus seguidores viviendo según el sistema jerárquico del templo: un sumo sacerdote, sacerdotes de diferentes linajes y un conjunto de levitas. El tipo de relación que quiere promover entre ellos se parece todavía menos al modelo jerárquico vi-gente en las estructuras políticas del Imperio. Entre sus seguidores que-dan invertidos los valores normales de aquella sociedad. La grandeza no se mide por el grado de autoridad

que uno pueda ejercer, sino por el servicio que ofrezca a los demás. Jesús le otorga el puesto más distinguido al esclavo, el que ocupa el nivel más bajo en el Imperio: “Sabéis que los que son tenidos como jefes de las naciones las dominan como señores absolutos y sus grandes las oprimen con su poder. Pero no ha de ser así entre vosotros. El que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor; y el que quiera ser el primero entre vosotros, que sea esclavo de todos” (Mc 10,42-44). En el origen de estos dichos está el deseo manifestado por Jesús a sus discípulos: “El que aspire a ser grande, que se ponga a servir”. La idea de que el esclavo será *number one* solo puede ser suya. La redacción de Marcos ha nacido en el contexto de las rivalidades surgidas en la primera comunidad cristiana.

Así imagina Jesús a su familia de seguidores: un grupo de hermanos y hermanas que le siguen para acoger y difundir la compasión de Dios en el mundo. Jesús ni pudo ni quiso poner en marcha una institución fuerte y bien organizada, sino un movimiento curador que fuera trasformando el mundo en una actitud de servicio y amor. No pensó en buenos gobernantes ni en doctores expertos. No buscó buenos mandos ni hábiles estrategias. Su primera preocupación es dejar tras de sí un movimiento de hermanos y hermanas, capaces de vivir sirviendo a los últimos. Ellos serán el mejor símbolo y la semilla más eficaz del reino de Dios.

## B. LA SENCILLEZ MARISTA, AIRE DE FAMILIA

*h. Marcelino Ganzaraín*

Como pequeño aporte al esfuerzo común de recuperar nuestros orígenes me voy a detener en una reflexión sobre un aspecto del *espíritu marista* que considero importante. Recordamos la circular del hno. Basilio sobre el Espíritu del Instituto y la puntualización que en ella hace sobre los conceptos *espíritu, carisma y espiritualidad*. El ESPIRITU es - dice el hno. Basilio - “*antes que nada, un modo de ser, un aspecto de familia, una atmósfera que engendra entre los hombres un cierto parentesco de alma*”. Pues si queremos buscar ese rasgo fundamental, ese modo de ser, esa característica esencial de la persona y de la actividad de Marcelino que engendra en sus discípulos un cierto parentesco de alma encontraremos que todas las pistas de respuesta convergen en la sencillez.

El H. Basilio define la sencillez, desde un punto de vista ontológico, como la “*ausencia de complejidad*”. “*Dios no es complejo - dice - y su sencillez debe ser el ideal de la nuestra. Su sencillez es la verdad. El es verdad, lo mismo que es amor*”. Por eso, ser sencillo es ser a la vez muchas cosas, en una armoniosa unidad. Es transparencia y sinceridad. Es verdad y es amor. Es comprensión y acogida. Es fidelidad e intrepidez. Y serenidad. Y pureza.

- La sencillez es AUTENTICIDAD. Santo Tomás dice que “la sencillez es llamada así por oposición a la duplicidad, y esta última consiste en aparentar algo diferente de lo que se lleva en el corazón”.
- Sencillez es SINCERIDAD. “¿Qué es sinceridad? ¿Quién es un hombre sincero? Cuando preparaba esta meditación consulté, como siempre, sobre todo a Tomás de Aquino. Buscaba la palabra ‘sinceritas’, sinceridad. Pero no la encontré en ningún sitio. Al principio me sorprendí. ¿Cómo era posible que no apareciese ni una palabra sobre esta virtud en el más grande de los maestros que ha tenido la Iglesia? Seguí buscando y encontré la palabra *simplicitas, sencillez*. Era la pista segura. Esta pequeña desviación del significado de la palabra nos introduce más profundamente en el filón de nuestras reflexiones. No se trata únicamente de una actitud ética, sino de una propiedad del ser. Se trata de *la claridad, de la transparencia, de la pureza y de la lucidez del ser humano*” (L.Boros). Y Bernard Häring escribe: “Con la *sencillez* va unida la *sinceridad* y un corazón abierto; la cual no es posible sino para quien no admite en su alma nada que, por lo que a él toca, necesite ser ocultado”.
- Sencillez es VERACIDAD. “El hombre veraz une a su actitud de no condenar, una *sencillez y transparencia* existencial. Estos hombres son sinceros en el sentido de que al menos ocasionalmente se sienten impulsados por una fuerza interna que les obliga a decir la verdad, que les obliga a ir al otro para decirle: estás jugando con el mundo y contigo mismo, deja ya de hacerlo. A veces sienten de repente como una iluminación: tengo que decirle la verdad a este hombre, de lo contrario no se la dirá nadie. En aquel momento fluye una fuerza especial de ellos. Cuando recapacitan más tarde, ni ellos saben cómo se han atrevido a decir toda la verdad. Surge un temor, tanto en el que habla como en el interpelado: una especie de estremecimiento ante lo santo. Pero junto al temor se da la alegría, incluso el júbilo: el ser irradia en su puro esplendor. Alguien ha aceptado el riesgo de decir la verdad, se ha formado algo estable e inmovible, algo que brilla y arde y que siempre es amor y olvido de sí mismo” (L. Boros).
- La sencillez es COMPRENSION. “Nos juzgan con su veracidad sin condenarnos. Saben





distinguir perfectamente lo justo de lo injusto; no aprueban si no se puede hacer, pero no condenan; casi siempre se contentan con desaparecer en silencio. Pero su presencia entre nosotros realiza un verdadero juicio, que nunca o raras veces tiene lugar en los tribunales de nuestro mundo. Nos juzgan en cuanto que se mantienen firmes sin alardes en lo que han visto, en verdad, pero no importuno. No se da en ellos ese antipático ‘querer-saberlo-todo-mejor’. (Boros)

- La sencillez es ACOGIDA. “Los hombres verdaderamente honrados llevan en sí la capacidad,



para ellos convertida en naturaleza, de despertar en nosotros el amor y la amistad. ¿Por qué? Resulta difícil decir y más difícil aún de explicar. Quizá porque son totalmente capaces de “acoger”; no pretenden conseguir nada de nosotros y no quieren uncir a nadie a su mismo carro. Nos encontramos a gusto al lado de estos hombres... Irradian una alegría nacida de una grandeza íntima. Esta grandeza los convierte en cierto modo en seres sin miedo. Es éste un signo de elección especial, que se revela principalmente en que estos hombres no guardan rencor por las ofensas; más aún, no tienen necesidad de perdonarlas. No dan la impresión de tener que hacer esfuerzos para perdonar conscientemente al que les ha ofendido; poseen una silenciosa candidez; no han considerado como tal la ofensa y ni siquiera han creído que fuera ofensa. En ellos hay espacio para un tú humano, un espacio en el que el otro puede alcanzar su existencia libre”. (L.Boros)

- La sencillez es PUREZA. “Ser puro quiere decir adentrarse en todas las preguntas, en toda necesidad o debilidad que nos salgan al paso; quiere decir adentramos en la existencia terrena sinceramente, sin dobles intenciones. Cuando un hombre así acepta con *sencillez de corazón* el peso de una benévola cercanía, siente las cosas tal como son. Según Tomás de Aquino, la pureza es fundamentalmente ‘firmitas’: constancia en una decisión, perseverancia en el amor en medio del mundo, que en gran parte se compone de necesidad y estrechez. Vuestra amabilidad tiene que abrirse a todos los hombres”. (Boros)
- La sencillez es FIDELIDAD. El hombre sencillo se acepta así mismo, como recién nacido en brazos de su madre, vive en la presencia de Dios y avanza serenamente, preocupado más de Dios y del prójimo que incluso de su propia pequeñez y debilidad. “El hombre fiel es el que se acepta a sí mismo y deja pasar a través de su pobreza la fidelidad de Dios, el que tiene valor de salir camino de la tierra desconocida y dejar que Dios por el camino le vaya sugiriendo las palabras que tiene que decir. Y entonces los hombres, sorprendidos, verán en él un ser fuerte y fortificador...”

Leer detenidamente estas reflexiones y no pensar en el Padre Champagnat resulta un poco difícil. ¿No vemos en él al hombre profundamente auténtico, sin doblez, con un profundo sentido de sí mismo? ¿No encontramos acaso en su persona las características de un ser sincero, firme en la verdad y en lo que intuye como voluntad de Dios, seguro, y confiado en el Señor con verdadero espíritu filial? ¿No fue Marcelino el hombre fuerte y fortificador, el hombre sereno, el hombre lleno de paz que tonifica y alienta los espíritus? ¿Y no fue acaso el hombre reconciliado y reconciliador, el que nunca alimentó sentimientos de rencor, el que perdonó y muchas veces ni siquiera consideró ofensa lo que se le hizo? ¿No fue un hombre intrépido y dinámico que debido a un alma libre en su sencillez rompió moldes entre los eclesiásticos de su época? Y su facilidad en el trato, y las relaciones amables con las gentes y paternales con los hermanos, y su capacidad de acogida, y su predicación tan alabada y deseada por los feligreses, y su capacidad de llenar de gozo y de paz el corazón de los que acudían a él en busca de consejo o para la confesión, ¿no son pruebas evidentes de su sencillez? ¿Acaso es capaz de vivir todas estas realidades un hombre que no sea sencillo?

